

El corazón estético de los fascismos

Sobre los coqueteos de los creadores con el fascismo en el siglo XX trata la novela de Patricio Pron. Sin tapujos

JOSÉ MARÍA POZUELO

Descubrí la literatura de Pron cuando leí *El comienzo de la primavera* (2008), que con justicia fue finalista de un importante premio literario, y ganó otro (el Jaén de Novela). He ido siguiendo luego sus apuestas literarias, que han brillado incluso en el difícil territorio del yo autobiográfico. Considero que *No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles* es una novela de las que definen conquistas decisivas en el doble terreno estético y reflexivo, también en el histórico. Cuando se leen novelas de esta calidad, piensa el crítico que por fortuna se escriben libros así. Compensan tanta superficialidad del discurso público o tanta repetición del literario. Hay cosas que únicamente la literatura puede rescatar. Entre otras, la complejidad, puesto que el vocablo fascismo y su uso como adjetivo, tan simplista y reductor, nos ha hecho olvidar que hubo una verdadera fascinación por parte de grandes artistas de la palabra o de la imagen.

La novela de Patricio Pron (Rosario, Argentina, 1975) va a todos estos asuntos. Primero encontramos a un joven universitario persiguiendo por las calles de Turín a un viejo profesor, con el ánimo de trazar el camino a sus camaradas de las Brigadas Rojas que habrían de liquidarlo. Es magnífico el pormenor de ese recorrido por la capital del Po, donde se mezcla lo exterior y el discurso interior del sabueso que no se sabe terrorista (a eso llegará después) sino joven justiciero o reparador de traiciones antiguas. Las vacilaciones del joven que se llama Pietro Linden (su origen es suizo-alemán), la quiebra de su discurso ideológico ante la fragilidad del profesor, solo la literatura buena puede registrar. Porque, como ocurre varias veces en esta novela, los discursos que luego serán resúmenes históricos de libros generalistas y desatendidos,

son primero episodios vitales, de ideal estético o romanticismos ensañadores de patrias amenazadas o ultrajadas.

Pietro comienza una huida hacia atrás que le lleva hasta el Congreso de Escritores Fascistas europeos que reunió en Pinerolo, dentro de la República Social Italiana de Saló, en abril de 1945, a muchos de ellos. La recuperación de lo que allí se dijera o se vivió, es reconstruida —quizá con un exceso de detalles que la trama habría agradecido menos prolijos— a partir de entrevistas realizadas por Pietro Linden en 1978 a varios poetas que estuvieron presentes y que, a modo de friso, van recomponiendo no ya los hechos sino el espíritu de una estética que creyeron ética salvadora.

Lúcido y emocionante

Pietro va tras las huellas de su padre, Francesco Linden, que había protagonizado, siendo un luchador partisano antifascista, un oscuro episodio con un poeta de nombre Luca Borrelli y cuyos papeles descubre

Pietro en un arcon con el nombre de su padre grabado. Para haber celebrado encontrarse con esta novela, le habría bastado al lector el encuentro del partisano

Francesco Linden con Luca Borrelli, en una sección titulada «Valsesia, Octubre de 1944», que se comporta como una *nouvelle*, cuya emocionante peripecia es narrada con calidad de obra maestra. Patricio Pron, que había demostrado en páginas anteriores, en boca de los personajes que imagina entrevistados, un *cursus* reflexivo profundamente lúcido, alcanza la categoría superior de novelista capaz de elevar a vida, con un ejemplo narrativo, cuanto quiere decir. Leyendo novelas así nos convencemos de que la Literatura tiene algo distinto que decir, lo que la hace cada vez más necesaria.

No derrames tus lágrimas Patricio Pron



Narrativa
Random House, 2016
348 páginas
19,86 euros
E-book:
9,99 euros



Van Morrison, durante una reciente actuación en el madrileño Circo Price

Van Morrison, bendito orate

La voz rota de Van Morrison es una de las más personales e intensas de la música. Este libro se adentra en las letras de sus canciones como si fueran poemas de irregular inspiración

EDUARDO JORDÁ

En cierta ocasión, Van Morrison dijo que empezó a escribir poesía mucho antes de empezar a escribir canciones, y que su primer poema no hablaba del amor o de la soledad, como casi todos los poemas escritos por adolescentes, sino que estaba dedicado a un astillero de Belfast. Probablemente era el astillero donde trabajaba su padre, que fue electricista en Harland & Wolff durante toda su vida de «sorda desolación», como cantaría el hijo en *Choppin' Wood*, esa elegía escrita a la memoria del padre que intentó iniciar una nueva vida en Detroit pero fracasó y tuvo que volver a casa «cuando se acabó la chispa», aunque el padre se trajo consigo una in-

mensa colección de discos de todos los géneros (*blues, country, gospel, rhythm and blues*) que al final determinó la carrera musical de su hijo.

Infancia en Belfast

Es muy raro escribir poemas primerizos sobre un astillero, pero Van Morrison era y es así. Y quien conozca sus canciones sabe muy bien que sus mejores letras son las inspiradas por los paisajes urbanos de su infancia en Belfast: astilleros, canales, tugurios, grúas, callejones, el sonido lejano de las sirenas del puerto, todo eso. Y una vez Van Morrison llegó a decir que si William Blake tenía

Londres como centro de gravedad de sus poemas, él tenía East Belfast, es decir, la zona protestante de Belfast donde nació y pasó su infancia y adolescencia, en esa calle de Hynford Street que da nombre a una de sus canciones que es en realidad un himno que evoca el paisaje que cualquier admirador de Van Morrison conoce casi de memoria. Es probable que ese paisaje sea muy poco atractivo o incluso feo, pero para muchos de nosotros no hay paisaje del Himalaya o de las islas griegas que pueda compararsele.

Hace dos años, en la presentación de esta antología de letras de sus canciones, la escritora Edna O'Brien leyó *Madame George*

ES EVIDENTE QUE ES UN POETA IRREGULAR. SIN LA MÚSICA, SUS LETRAS SE QUEDAN EN LAMENTOS

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com +1 888 278 4604



JOSE RAMON LADRA

como si fuera un poema. ¿Lo es? Sí, en cierto modo. Y un poema muy bueno, además. Y eso no debería sorprender a nadie, porque Morrison ha sido el rockero -ya sé que el término es inadecuado- que ha dedicado en sus canciones más referencias fervorosas a los grandes poetas de todos los tiempos, muchas más que Dylan o Cohen o ningún otro cantautor que yo conozca. Y los nombres de Yeats y Blake, y John Donne y Rimbaud, y Eliot y Dylan Thomas y muchos más, aparecen a menudo en sus poemas con la misma incandescencia con que aparecen citados sus maestros musicales: Leadbelly y Hank Williams y Ray Charles y Sonny Boy Williamson y Mahalia Jackson y tantos otros que él decía escuchar de rodillas cuando sonaban en la radio, o en los discos que su padre se trajo de Detroit cuando descubrió con tristeza que nunca iba a ganarse la vida allí.

Y una cosa importante que siempre cita Morrison es que los músicos del blues y del country y del gospel con cuya música creció eran prácticamente analfabetos, pero sabían escribir letras que poseían la misma imaginación y la misma densidad simbólica que la poesía isabelina. El milagro de la tradición es así. Leyendo las letras de esta *Toma interior*, prologada por Ian Rankin y bien traducida por Miquel Izquierdo, resulta evidente que Van Morrison es un poeta irregular. Sin

la música, muchas de sus letras se quedan en simples lamentos o en efusiones sentimentales de escaso recorrido. Y por otra parte, sus frecuentes incursiones en el nebuloso terreno de la filosofía más o menos ocultista tampoco tienen una gran trascendencia, y más bien le han servido a Morrison para curarse de sus peores demonios -las drogas, el alcohol, el mal genio o la culpa involuntaria por las disensiones civiles en su Belfast- antes que para crear una poesía de calidad.

Igual que un chamán

Pero cuando Van Morrison se interna en el terreno de la autobiografía, y evoca las personas y lugares que marcaron su vida para siempre, entonces los resultados son superlativos. Hay una canción de sus primeros tiempos con Them -*La historia de Them*- que alcanza esa categoría de la «buena mala poesía» o de los grandes poemas de circunstancias de un Wilde o un John Betjeman o un Patrick Kavanagh. Y lo mismo puede decirse de sus grandes himnos: *On Hyndford Street*, *Take me Back*, *Summertime in England* o el impercedero *Rave On*, John Donne: «Dale, John Donne, dale, bendito orate/ a través de los días, las eras/ en las pozas de musgo, oscuras y frías». ¿Hay otro bendito orate que haya cantado mejor?

Un bendito orate, eso es Van Morrison. Porque él cree que la

poesía y la música son dos formas de conjuros, dos instrumentos para hablar con los vivos y los muertos y los espíritus igual que hacían los chamanes de la prehistoria. Y en verdad, la mejor poesía de Morrison no se halla siquiera en sus emotivas evocaciones de Belfast o California o el verano en Inglaterra. No. La mejor poesía de Morrison es aquella en que se limita a transmitir como un condensador eléctrico toda la inagotable energía que hay en un simple recitado onomatopéyico, igual que un chamán que curase a un herido con una danza y una calabaza llena de semillas: «Dada da da da, da da da da/ Dada da da da da, dada da».

¿Saben qué? Ésa es sin duda la mejor poesía, la más incandescente, la más emotiva, que ha compuesto jamás el bendito orate, el hechicero, el hijo del electricista del astillero, el niño que escuchaba la radio arrodillado como si estuviera frente a un altar, el loco, el insoportable, el místico, el William Yeats de Belfast.

Toma interior. Letras escogidas



Van Morrison
Poesía
Malpaso,
2016
360 páginas
25,50 euros
E-book: 10,99

Un libro de poemas que recorre la vida de su autor, Luis Antonio de Villena, y alcanza las más altas cimas

JAIME SILES

Hace sólo unos meses Luis Antonio de Villena publicó lo que considera la primera entrega de sus memorias, *El fin de los palacios de invierno* (Pretextos, 2015), que, aunque únicamente llega hasta 1973, forma un íntimo e inevitable *pendant* con este comentario, escrito casi en paralelo y con el que comparte una materia prima similar, la de la vida de su autor, vista desde una instancia de discurso diferente. Si *El fin de los palacios de invierno* es un monumento historiográfico, compuesto en una elegantísima prosa, *Imágenes en fuga de esplendor y tristeza* es un libro de poemas, absolutamente innovador, en el que Villena alcanza las más altas cimas de la lírica. Con una amplia riqueza de formas y una audaz investigación de las posibilidades del versículo, del poema en prosa y de la rítmica, su autor demuestra que la madurez de un gran poeta puede ser tan novedosa como los logros y hallazgos de su juventud.

Tono elegíaco

Con la mezcla de niveles lingüísticos, que lo caracteriza, y con una técnica muy depurada, desarrolla los poemas como narraciones que mezclan reflexión y anécdota, evocación y melancolía, y que acaban en condensadas construcciones parentéticas, que barrocammente sintetizan todo el apasionado y pasional flujo anterior, creando una profunda distancia entre ambos, que conmueve al lector por la pericia con que está llevado todo su complejo movimiento poético, psicológico y mental. La estructura del libro se basa en el diálogo entre el texto y la imagen que los introduce y acompaña: todos los poemas tienen en común el tono elegíaco, que les sirve de cauce, cuando no la denuncia, la angustia, el miedo y la desesperación. Despedida de un mundo, que fue también el

El espejo concéntrico del universo

nuestro, crítica «la vulgaridad actual» que le hacen sentirse en el final de una civilización». Lo que no le impide desplegar no poca piedad, ternura y misericordia. Por estas muy intensas páginas desfilan el príncipe Yúsüpov, Kathleen Raine, Marilyn Monroe, Carolina Otero, Edgar Lee Masters, Pilatos, Pu Yi, Gauguin, Sara Montiel..., vecinos, animales domésticos, los padres y algunos familiares del autor y muchos habitantes extremos de la noche, protagonistas y víctimas de la belleza trasgresora, que fueron el todo de un instante y se consumieron para siempre en él.

Villena rescata del olvido numerosas vidas -«una hermosa juventud sin nombre»-, que unifica con otras no menos olvidadas hoy. Incluso se autorretrata porque sabe que toda elegía a los demás no deja de ser una elegía a uno mismo. Un acierto es la variedad formal de las composiciones, en las que abundan tanto el monólogo dramático como el interior. Pero siendo esto importante, aún lo es más la valentía con que ha

sido escrito: no me refiero a la crudeza de algunos de los temas que trata sino a lo que constituye su desgarrar y que se traduce en su verdad. La verdad de Villena es

LA MÁS SABIA Y EMOTIVA DESCRIPCIÓN DE UNA ÉPOCA, LA NUESTRA. QUE YA ESTÁ MUERTA O A PUNTO DE MORIR

la vida de todas las máscaras bajo las que imaginamos nuestro propio vivir.

Por eso este libro es una galería de retratos en los que el yo es el espejo concéntrico del universo como quería Leibnitz, y lo que vemos y se ve desde él es una panóptica que refleja el vacío metafísico del mundo. Por eso este libro de Villena no es una elegía de su tiempo y del nuestro sino una elegía del Ser. Este nuevo libro suyo es la más sabia y emotiva descripción de una época, la nuestra, que está ya muerta o a punto de morir. Luis Antonio (Madrid, 1951) ha sido su más vital y lúcido intérprete y cronista la vez.

Imágenes en fuga de esplendor y tristeza



Luis Antonio de Villena
Poesía
Visor, 2016
242 páginas
14 euros